

# El Puerto de la Cruz de Olivia y John Stone

Nicolás González Lemus

---

Olivia Stone, de nacionalidad irlandesa, fue una de las más distinguidas viajeras victorianas que visitaron las islas en el siglo XIX, y, si atendemos a sus notas sobre el archipiélago, entonces podemos considerarla la viajera más importante. Fue la única que penetró en los rincones más alejados de las siete islas para descubrir, como afirma Jonathan Allen en el prólogo de la versión castellana de su obra *Tenerife and its Six Satellites*, la geografía interior del archipiélago. Pero, dado el lamentable estado de transportes y comunicaciones entre los pueblos y las islas, ¿por qué el matrimonio Stone vino a Canarias y visitó todas las islas del archipiélago? ¿Por qué realizó excursiones por el interior de las islas con los escasos recursos informativos, técnicos y de servicios de que disponía? ¿Fue un viaje realizado por su cuenta y riesgo o por encargo?.



Olivia Stone.

En 1880 Olivia Stone se trasladó a Noruega, lugar de vacaciones de las clases altas inglesas. Fruto de aquel viaje fue su librito *Norway in June... Accompanied by a Sketch Map, A Table of Expenses, And A list of Articles Indispensable to the Traveller In Norway*. La obra, de 62 páginas, fue publicada en 1882 por el editor Marcus

Ward, y todo parece indicar que fue él quien le encargó el viaje. (Su marido, John Harris Stone, era un destacado periodista de *The Times*.) Está escrito como diario de viaje, y aunque el libro recoge aspectos de la historia local es más una guía turística que un libro de viajes, pues sus descripciones son muy escuetas. Comienza hablando de las líneas navieras que operaban entre Noruega e Inglaterra. Se traslada a las diferentes regiones del país. Señala las rutas, los edificios y personajes históricos de interés. En sus descripciones hay elementos etnográficos y referencias históricas, aunque muy ligeras. Al final de la obra da una detallada lista de los vapores con sus tarifas de ida y vuelta, horarios, etc., y los precios de los hoteles<sup>1</sup>.

<sup>(1)</sup> STONE, Olivia, *Norway in June*, Marcus Ward, London, 1882.

Olivia Stone, que vino acompañada de su marido, al cual se le debe también parte del texto escrito, visitó el archipiélago muy probablemente por encargo de Marcus Ward para que preparara una guía de las islas Canarias como la que realizó en Noruega. Sin embargo, en vez de una guía turística, al final los Stone elaboraron un estudio antropológico e histórico de alrededor de mil páginas. Producto de su estancia en Canarias es la obra *Tenerife and its Six Satellites, or the Canary Islands past and present*<sup>2</sup>. Algunos historiadores locales, siguiendo al alemán Uwe Riedel, consideran el libro como una guía turística, pero difícilmente se puede considerar como tal un libro de cerca de mil páginas, 79 grabados, 9 mapas y un puñado de fotos al final tomadas por John. Está más próximo a un ensayo, a un libro del género de la literatura de viaje. En este sentido, Olivia Stone puede ser considerada, además de una viajera, una auténtica exploradora, si consideramos la figura del explorador la de alguien que llega a lugares a los que ningún viajero había llegado antes. Sobre un caballo, con un cuaderno de notas, un lápiz y una cámara fotográfica, valiéndose de una caseta de campaña y el mapa del Almirantazgo británico como guía, la familia Stone examina la naturaleza y el paisaje insular, a sus gentes, sus costumbres, los valores morales, creencias, etc., a la luz de su experiencia intelectual y humana. Como resultado, ofrece una exhaustiva descripción de la realidad histórica de las islas, así como un precioso documento de gran valor etnográfico y antropológico. Como solía suceder con todos los libros sobre los desplazamientos de los británicos al extranjero, la publicación tuvo muy buena acogida. El *Morning Advertiser* señaló que es el libro «que proporciona lo que el turista desea conseguir. La detallada información facilitada por los autores permitía la excursión a Noruega de una manera sencilla. Nuestro consejo es que se debería seguir exactamente la misma ruta que apunta Mrs. Stone». Comentarios similares se reseñan en otras revistas, como en el *Observer*, *Spectator*, *Graphic*, *Saturday Review*, entre otras. En un análisis de los libros de Stone sobre Canarias, la revista *The Atheneum* hace un comentario bastante sarcástico y no duda en calificarla «pionera del viaje excursionista». Pero estos «picnic travellers» necesitarían solo una cosa: que los dos robustos volúmenes de la obra de Olivia Stone fueran «un tercio del tamaño y peso para que quizás fuese una guía»<sup>3</sup>. En efecto, la obra de Olivia Stone de dos tomos (477 páginas el primero y 459 el segundo), publicada en 1887, difícilmente logró cumplir el papel de un libro-guía. Ésta fue tal vez la razón por la cual la segunda edición, publicada en 1889, se vio reducida a un solo tomo. ¿Exigencias del editor? Posiblemente, no lo sabemos. Tampoco fue recibida con aplauso cuando vio la luz su primera edición. De los muchos comentarios que salieron al respecto, el profesor García Pérez ofrece el dado por George F. Hooper en la revista *The Academy* en una edición de 1888. Después de resaltar los errores sobre la toponimia canaria, George Hooper considera que la obra de Stone podía ser leída como un simple relato de viajes, «pero sin embargo no lo consideramos como un buen ejemplo de este tipo de libros que tratan de Canarias»<sup>4</sup>.

Sin embargo, para escribir su extensa obra el matrimonio se dirigió, como lo hacían los viajeros románticos más ilustrados y aventureros, a la Biblioteca Británica para consultar la bibliografía existente sobre las islas Canarias. Consultó alrededor de sesenta u ochenta libros sobre el archipiélago canario, aunque, como

<sup>(2)</sup> STONE, Olivia Stone, *Tenerife and its Six Satellites, or the Canary Islands past and present*, Marcus Ward, London, 1887.

<sup>(3)</sup> ROBINSON, Jane, *Wayward Women*, Oxford University Press, Oxford, 1990, p. 195.

<sup>(4)</sup> GARCÍA PÉREZ, José Luis, *Viajeros ingleses en las Islas Canarias durante el siglo XIX*, Caja de Ahorros de de Canarias, 1988, p. 182.

Olivia comenta, «se podrían contar con los dedos de una mano aquellos que suministran una información de primera mano y exacta». Consultó a Humboldt, de quien opina que toda su descripción de Tenerife es muy inexacta por haber sido escrita muchos años después de visitar la isla. De entre los escritos que considera de gran utilidad por su valiosa información están los de Abreu Galindo, *The history of the discovery and conquest of the Canary Islands* (traducido por George Glas, que además añade sus observaciones personales), la propia *Descripción de las Islas Canarias 1764*, del mismo George Glas, y *La Conquista de las Canarias (Le Canarien)* de Pierre Bontier y Jean le Verrier, que acompañaron a Jean de Bethencourt en 1402 para la conquista de las islas. También consultó con mucho interés en la biblioteca las obras de Sabin Berthelot, Leopold von Buch, Karl Fritsch y Charles Piazzi Smyth que hacían referencia a temas específicos, sobre todo a la botánica, la geología y la astronomía. Manejó además la extensa obra *Essais sur les Isles Fortunées et l'antique Atlantide*, de Bory de St. Vincent, la que considera solo un resumen de la *Historia general de las Islas Canarias*, de José Viera y Clavijo, el mejor historiador de las islas y el más fiable. Según Olivia Stone, muchos escritores mencionaban las islas, pero solo de paso hacia otros países. «Una estancia de pocos días en Santa Cruz, algunas horas en Gran Canaria y quizás una mirada de paso a Lanzarote, y escriben un libro o les dedican numerosos capítulos a las islas en libros que realmente tratan sobre otros lugares. Necesariamente la cantidad de información que reúnen sobre el terreno es limitada, el resto tienen que obtenerlo de otras fuentes». No obstante, ella misma reconoce que el número de obras en inglés era muy pequeño y los pocos libros y algunos folletos que existían se ocupaban principalmente de Tenerife y del Teide.



El Teide.

Olivia y John Stone llegaron a Santa Cruz de Tenerife el miércoles 5 de septiembre de 1883. En la capital hicieron noche en el hotel Camacho, cuando éste se encontraba en la calle de La Marina. Después de pasear por la capital, el viernes día 7 abandonaron Santa Cruz en una calesa de tres caballos con dirección a La Laguna, donde permanecieron una noche. Coincidió con Jonathan Allen Hernández<sup>5</sup> cuando afirma que en el orden de prioridades que Stone llevaba a Canarias estaba como primera e irrenunciable obligación el ascenso al Teide, montaña que considera eje de todo el archipiélago. Por eso se entrevistó en La Laguna con Louis Renshaw Orea para que le informara sobre el ascenso. Posteriormente, después de hacer algo de turismo en la ciudad del Adelantado, continuó para el valle de La Orotava, para el Puerto de la Cruz<sup>(6)</sup>, lugar que sería su centro de operaciones en las islas occidentales.

<sup>(5)</sup> ALLEN HERNÁNDEZ, Jonathan, *El libro de viajes como emblema del conocimiento* en la edición española traducida por Juan S. Amador Bedford y publicada por el Cabildo Insular de Gran Canaria en 1995.

<sup>(6)</sup> Entonces solía llamarse Puerto de Orotava.

Para entrar al valle de La Orotava el carruaje comenzaba a descender por la carretera de El Pinalito. Entre las primeras fincas había una con un jardín muy bello y un estanque, aunque su entrada estaba dominada por una figura horrible que representaba al Rey del Infierno, por la cual se le llamaba la Casa del Diablo. La carretera atravesaba terrenos de cultivo cercados por muros bajos que unas veces retienen la tierra en los puntos donde la pendiente es empinada, y otras separan los campos de tabaco, cochinilla, cafetales, viñedos y frutales –comenta Olivia Stone. El paisaje del camino no pudo asombrarle más. «Grandes cantidades de rosas salvajes, belesas de color malva pálido y una madreseña de color naranja oscuro que crecen desordenadamente entre los árboles de goma nos extasiaban con su belleza. Una acequia de piedra y cemento llena de agua nos da una pista sobre la causa de todo este verdor. Las casas son bonitas, bastante grandes y aisladas, cada una rodeada de una maravillosa vegetación».

La carretera cruzaba el valle por la hacienda de San Jerónimo, de la familia Franchy de La Orotava, cuya extensión era de unas cincuenta fanegadas, para luego bordear la montaña de La Horca. Las cunetas de la carretera estaban decoradas con gran cantidad de «pie de liebre», la que más abundaba, y algunos helechos. En Las Arenas y La Asomada había campos de «papas de espléndidas proporciones», y enormes lagares de madera preparados para la vendimia. «Nos cruzamos con algunos muchachos que llevaban unos palos largos. Casi todos los campesinos los llevan y los utilizan para saltar con gran pericia ladera abajo. Los usaban los guanches y la costumbre la han heredado de ellos<sup>7</sup>».

<sup>7</sup> STONE, Stone, 1887, p. 70.



Hotel Turnbull

La carretera asfaltada terminaba a la entrada del Puerto de la Cruz como ocurría en La Laguna, y, nada más entrar, el carruaje baja por la calle Las Cabezas (hoy Blanco) para llegar al mediodía del 9 de septiembre de 1863 al hotel Turnbull, casa situada en la esquina de la calle Sol (hoy Doctor Ingram). La fonda fue establecida por el matrimonio escocés formado por John y Elizabeth Turnbull, ambos de 45 años, que llegaron en noviembre de 1869 al Puerto de la Cruz, donde se hospedaron una temporada en el hotel Casino, de Pedro Aguilar –después fonda Casino–, y en 1876 arrendaron la casa a su propietario, Antonio Pérez Silva. Comenta Olivia Stone que la casa era tranquila y sin pretensiones, al estilo habitual de las casas de huéspedes, y que admitían a cualquier viajero inglés aunque solo se hospedase una noche. Cobraban ocho chelines al día<sup>8</sup>, o menos si era por semana. Según la viajera, la señora Turnbull era muy amable y atenta. La comida era buena, pero había poca variedad de verduras o fruta, «algo que no debería ocurrir en este Jardín de las Hespérides. Dicen que se debe a que no hay mercado y a la dificultad para convencer a las familias españolas de la clase alta, dueños de las tierras, para que vendan sus excedentes». La leche de vaca era escasa, pero se podía conseguir bastante leche de cabra. Había escasez de mantequilla, debido al poco ganado vacuno, aunque algunas familias inglesas la conseguían en La Laguna, donde había pastos y vacas. En los hoteles se consumía mantequilla danesa enlatada.

Nada más llegar al hotel, el matrimonio Stone les había planteado al señor y la señora Turnbull que querían subir al Teide. Así pues, después del almuerzo, que se servía a las dos de la tarde, vino al hotel el vicecónsul Peter Reid, y los Stone les exponen que quieren iniciar un viaje alrededor de la isla y subir al Teide. La respuesta de Turnbull y Reid fue: «Tenemos que llamar a Lorenzo». Se trataba de Lorenzo Morisco, el único guía oficial del pueblo, que vivía en la calle del Castaño, nº 5 (hoy Nieves Ravelo). Llevaba realizando excursiones desde 1865 aproximadamente. Además arrendaba caballos y mulas por horas, días o meses. Era una institución en el Puerto de la Cruz. Siempre que alguien llegaba con intención de subir al Teide, se llamaba a Lorenzo Morisco y se le consultaba todo lo referente a la forma, medios y tiempo. Lorenzo era un hombre delgado, moreno, de aspecto enérgico, de mediana estatura, con pelo negro y ojos oscuros y un bigote negro.

<sup>8</sup> Un chelín inglés equivalía a un tostón o una peseta y 25 céntimos.

Entonces tenía 35 años. Lorenzo apareció a los cinco minutos después de que hubieran salido a buscarle. Subió hasta la parte alta de la escalera interior del patio y todos se reunieron con él. Se comprometió a suministrarle al matrimonio Stone tres caballos para una gira de una semana, que comenzaría al siguiente día, a razón de cinco chelines diarios por caballo y, aparte, la comida para los hombres y animales. A los Stone les pareció un precio justo, ya que el precio habitual era seis chelines. Como *práctico*, o guía, Lorenzo cobraba cuatro dólares<sup>9</sup> extra por la subida al Teide.

<sup>9</sup> Un dólar equivalía a unas cinco pesetas.

Acordado así, el matrimonio decidió dar un paseo a caballo por el lugar esa misma tarde. La puerta de entrada del hotel estaba en la calle Blanco. Tomaron dirección al naciente. Cruzaron la calle Venus (hoy Iriarte), dejan atrás la plaza Blanco (hoy Concejil) para a continuación subir la calle Zamora y tomar la calle Cupido (hoy Valois), dejando a su izquierda, al norte, los terrenos de la familia de Luis Marinas Lavaggi y los Llanos de Martiánez, entonces de Antonia Dehesa Sanz, y a la derecha, al sur, la finca Sitio Litre de Charles Smith. Al alcanzar el barranco de Martiánez suben la cuesta del camino a la Villa para llegar al Jardín de Aclimatación o Botánico, dirigido por el suizo Hermann Wildpret. Varios árboles les llamaron la atención. Uno fue el eucalipto, que Wildpret había introducido en el jardín en 1862, y cuyas hojas tomadas en infusión se usaban con fines curativos en casos de fiebre o dolor de cabeza, y también se solían colgar alrededor de la cama. Otro fue el *Pinus Canariensis*, especie endémica de las islas, para Olivia Stone un árbol majestuoso y pintoresco. El pino le hizo recordar a sir Charles James Fox Bunbury (1809-1886), prestigioso botánico, miembro de la *Royal Society* y *Linnean Society* de Londres, que había visitado Tenerife procedente de Madeira en diciembre de 1853, acompañado de su esposa y del matrimonio Lyell. Mientras que Charles Lyell se trasladó a La Palma y Gran Canaria, Bunbury permaneció en Tenerife, hasta que juntos abandonaron las islas a mediados de abril de 1854. Gracias a las indicaciones de Sabin Berthelot, a quien conoció personalmente en Santa Cruz, recorrió Tenerife estudiando su flora. Lamentó mucho no poder subir el Teide, pues llegó solamente hasta la Rambleta, probablemente a causa de la nieve. Bunbury afirmó que el pino canario era el mejor de su género que jamás había visto y atribuye la belleza de su forma al «estilo libre y atrevido de su ramificación». La madera de este árbol cuando se corta verde es extremadamente valiosa. Afirma Stone que las momias guanches las colocaban en cuevas sobre tablones de pino y así se conservaban incorruptas. Con su madera también se fabricaban antorchas con las que la gente se alumbraba por los caminos.

Los Stone salieron del jardín y entran en los Llanos de La Paz con dirección a la casa residencial para visitar al marqués de la Candía, Tomás Fidel Cologan Bobadilla, con una carta de presentación que llevaban. Afirma Olivia que las cartas de presentación eran imprescindibles en las islas si se deseaba conocer otra cosa que no fuera la vida del hotel. Tuvo suerte al conseguir en Inglaterra cartas para bastantes residentes de las principales ciudades, tanto ingleses como españoles, y ellos a su vez les dieron cartas para otros.

Así fuimos amable y cortésmente pasando de unos a otros. La entrada en la sociedad española es muy difícil de lograr sin ser presentados ya que los españoles son muy selectivos, sin embargo, una vez que se ha sido presentado, son extremadamente hospitalarios. Nos llama poderosamente la atención que un viajero desconocido, sin ningún tipo de presentación, crea que va a ser recibido con los brazos abiertos en las casas de las clases pudientes y de la aristocracia<sup>10</sup>.

<sup>10</sup> STONE, Olivia, 1887, p. 74.

Caminaron con el marqués y su esposa y prima segunda, Laura Cologan Heredia, por el paseo del Ciprés para llegar al acantilado. Desde allí «pudimos ver una

espléndida panorámica del ocaso, de la isla de La Palma, del Puerto de Orotava y, a nuestros pies, del mar azul rompiendo sobre las rocas». Se despidieron de los marqueses de la Candía y se dirigieron a la residencia de Charles Smith con la otra carta de recomendación que traían para el Puerto. La familia Smith los invitó a entrar para tomar un té. La conversación con el señor Smith resultó ser de una ayuda inestimable para los Stone, ya que había subido al Teide tres veces y había recorrido a caballo la zona sur de la isla hasta Vilaflor (entonces Chasna), un lugar que querían visitar. Les prestó un mapa que él mismo había trazado de la ruta a seguir, donde aparecían señalados los lugares en los que era posible pernoctar. El sol se estaba poniendo cuando llegaron a Sitio Litre y se sintieron bastante inseguros para regresar al hotel en la oscuridad de la noche. Justo cuando iban a salir, vino a buscarlos un inglés apellidado Branckar, residente desde hacía mucho tiempo en el Puerto de la Cruz. Regresaron caminando, acompañados por él, y llegaron a la plaza de la Iglesia, iluminada con lámparas que imitaban farolas. Estaba repleta de campesinos, de mujeres sentadas junto a cestas llenas de pasteles y rosquillas, casi todos de fabricación local, y animada por la música de algunas guitarras y el ruido de muchos jóvenes. Toda la noche, hasta muy tarde, se oyó el rasgueo de la interminable «malagueña». Se trataba de la celebración de la curiosa procesión que llegaba hasta el Puerto de la Cruz procedente de La Esperanza. «Los habitantes de La Esperanza padecieron los efectos de la peste al comienzo del siglo dieciocho, y decidieron realizar una peregrinación al "Gran Poder de Dios" en la iglesia del Puerto de La Cruz. Como la mortalidad cesó, según se cuenta, tras esta peregrinación, el pueblo prometió repetirla cada año. Por lo tanto un grupo de habitantes viene cada otoño en un día señalado, asiste a la misa vespertina en la iglesia y a la misa mayor a la mañana siguiente y después regresan a casa. Sin embargo, la noche que pasan en la calle la dedican a festejar, bailar, cantar y tocar la guitarra<sup>11</sup>».

<sup>11</sup> Ibidem, p. 75.



Casa Cologan. La Paz.

El primer día en el lugar, lunes 10 de septiembre, los Stone lo dedicaron por la mañana a deshacer las maletas y preparar el viaje por la isla, el traslado a La Palma, La Gomera y El Hierro y la subida al Teide.

Como teníamos que incluir también varias docenas de placas fotográficas junto con nuestra ropa, además de té, café, chocolate, azúcar, latas de carne de res, algunas medicinas, fundamentalmente quinina, vaselina, y una petaca de coñac, ya imaginarán que la tarea de selección no fue nada fácil. Nadie pudo darnos información práctica sobre

lo que se necesitaba para un viaje de esta clase, de modo que en esto, como en muchas otras cosas, nuestro trabajo fue realmente pionero. Antes de nosotros nadie había hecho un viaje parecido al que planeábamos realizar. Además de estas dificultades, descubrimos que el cálculo del tiempo que tardaríamos en completar el viaje propuesto era extremadamente impreciso. Solo una cosa habíamos establecido clara y definitivamente: que la subida al Teide se llevaría a cabo la noche del 15, o como más tardar en la madrugada del 16, fechas de luna llena.

Comenta Olivia Stone que tuvo dificultades en Inglaterra para conseguir cualquier información sobre las islas que les permitiera hacer excursiones como las que pretendían hacer, pero no se imaginaba que en la propia isla de Tenerife fuese imposible obtener cualquier dato fiable sobre los pueblos, caminos del interior y la subida al Teide. En Santa Cruz les informaron de cómo llegar al Puerto de la Cruz, pero a ningún otro sitio. En el Puerto obtuvieron cierta información para subir al Teide pero poco más. Los mapas que tenían, los del Almirantazgo británico, los únicos mapas correctos de las islas, aceptados íntegramente por el Gobierno de España, eran excelentes para la línea de costa, pero muy inexactos sobre el interior. En la práctica tuvieron que depender de la información facilitada por los campesinos durante el viaje.

Sobre la 1:30 horas de la tarde, mientras almorzaban los Stone, un repiqueteo de las herraduras en los cascos del caballo de carga para la expedición, un animal pequeño, flaco y de color castaño claro, rompió el silencio de la calle. Los animales se detuvieron delante del hotel. Con ellos, un hombre de espaldas cuadradas, también flaco y pequeño, se sienta a la sombra y les espera. «Con una sensación de incapacidad que surge de nuestra ignorancia al no saber cómo se coloca el equipaje sobre el lomo de un caballo, esperamos pacientemente la llegada de Lorenzo, nuestro guía, mayordomo, edecán, cuidador de caballos, cocinero, y camarero, todo en uno. Unos minutos más tarde la calle adoquinada resuena una vez más con el sonido de cascos herrados y, al asomarnos, vemos un par de caballos sin jinete y a dos hombres, uno de ellos, Lorenzo». Habían traído sus propias sillas de montar de Inglaterra, aunque no sabían si serían necesarias. Les aconsejaron que las trajeran, aunque otros les dijeron que no era preciso, pero ante la duda decidieron traerlas. Les costó encontrar en Londres una silla acolchada reversible lo suficientemente amplia para una dama, ya que no conocían los tamaños de los animales. Por fin estaban listos para partir. Introdujeron los caballos en el zaguán y allí se montaron. Un joven caballero suizo que vivía en el Puerto cabalgó con ellos una parte del camino, y, con los buenos deseos de todo el hotel, partieron –¿hacia dónde?, se pregunta Olivia Stone–. Pues bien, a las 2:00 horas de la tarde partieron hacia Icod para continuar a Vilaflor y de allí a la cima del Teide.

La pequeña expedición cabalgó con gran estruendo por la calle: los caballos estaban bien herrados para el viaje y los arrieros corrían detrás. Olivia confiesa que no se sentía cómoda, o al menos relajada, en la silla.

Cuando se está acostumbrada a tres fustes, el asiento resulta inseguro con sólo dos y a esto se suma el hecho de que una silla acolchada se ajusta alrededor del lomo del caballo, por lo que no tiene la forma cuadrada, como la de una silla de salón, que debe tener la silla de jineta. Las ventajas, sin embargo, son numerosas. No tuvimos dos caballos del mismo tamaño y frecuentemente hubo que colocarla sobre una mula e incluso sobre un burro y, en estos casos, como no poseía forma propia, se adaptaba sin problemas. También puedo montar indistintamente con ambas piernas por uno de los lados o como un *caballero*, una ventaja que solo pueden apreciar los que, como yo, han pasado diez, doce, o catorce horas sobre la silla, día tras día.

La excursión fue a Icod, el sur de la isla (Guía, Adeje, Santiago del Teide) y las Cañadas para subir al Teide. Luego se trasladaron a La Gomera, El Hierro y La Palma.

Los Stone regresaron al Puerto de la Cruz temprano el domingo 21 de octubre. Vino a verles al hotel Louis Renshaw Orea, y por la mañana fueron al servicio religioso en la casa de comercio de Peter S. Reid. Se trataba de la casa de la *Miller and Company*, una antigua casa con bodega y almacenes en lo alto de la familia Cologan, vendida en 1870 por Tomás Fidel Cologan a Tomás Miller Swanston de la compañía Miller de las Palmas de Gran Canaria, cuyo gerente era Peter Spencer Reid, entonces el vicecónsul, y donde trabajaba como empleado William Morris, asesinado en noviembre de 1878 por Manuel Brito y Pedro Armas, ambos ajusticiados en 1881 con el garrote vil, caso bien estudiado por el profesor Antonio Galindo Brito<sup>12</sup>. El lunes subieron a la Villa de La Orotava acompañados por la señora Branckar, que conocía a mucha gente del pueblo. Regresaron de la Villa el martes 23 de octubre por la mañana. De nuevo en el hotel Turnbull.

Después de almorzar salieron a dar un paseo que le resultó a Olivia muy interesante. Tomaron la calle Sol, al poniente. Comenta Olivia su paso por la tienda de Reid, esquina Nieves Ravelo, y luego se detiene en comentar la casa de los Renshaw, pintada de blanco y azul. Se refiere a la mansión de cuarenta habitaciones construida por Francisco Caballero Sarmiento, en la que Federico Renshaw y Orea, su propietario en esos momentos y antiguo cónsul de los EE UU en el Puerto de la Cruz, que también construye el Templete, instaló en 1891 el hotel que llevaría por nombre *Sitio Luna*<sup>13</sup>(actual Centro Educativo Matilde Téllez). Y aquí se encontraba el límite entre lo urbano y lo rural en el poniente del Puerto de la Cruz. Olivia Stone se adentra en los Llanos de San Felipe, de Antonia Dehesa Sanz, y en la finca que ella llama del doctor Pérez, aunque se trataba de los Llanos de Los Frailes o Punta Brava, de Francisco Gervasio Ventoso, pero que entonces era parte de Víctor Machado Pérez y parte de Víctor Pérez González. Comenta la viajera que en el pasado estaban las huertas muy cultivadas, pero que sucesivos torrentes de aguas –1826, 1867, 1880, entre otros– arrasaron todo lo que encontraron a su paso hasta el mar, depositando sobre el campo numerosas piedras. Para evitar que volvieran a ocurrir desastres semejantes, los propietarios ordenaron a los jornaleros y medianeros construir «gruesos muros con piedra y mucho cemento en diferentes ángulos –vimos a los peones trabajando– montaña abajo... Hay unas inmensas pirámides de piedras sueltas que se han quitado del suelo para que éste pueda ser utilizado para la agricultura, construidas con uno o dos escalones y que llaman la atención. Sus bases son de unos 19 m<sup>2</sup> aproximadamente, y se elevan hasta una altura de unos treinta o cuarenta pies». En la imagen que ilustra el artículo se pueden apreciar en el poniente del lugar los muros y las pirámides mencionados por Olivia Stone, estas muy parecidas a las que existían en Icod y hoy en día en Güímar.

Había higueras jóvenes plantadas; un lagar, frente a una casa, que algunos hombres estaban en ese momento preparando para usarlo tras la vendimia, y una avenida de palmeras jóvenes. Le llamó la atención una parcela que parecía una enfermería porque se trataba de una plantación de cochinilla la parte superior de los cactus cubierta de bolsas blancas para preservar los insectos madre. La tela era granadina gruesa. Después de recolectar los insectos, se colocaban en el horno durante un rato para matarlos y prepararlos para el mercado. Los ingleses pasaron por un horno de cochinilla, «una pequeña estructura ovalada de piedras y cemento, con una puerta pequeña». Había también por la zona algunos magníficos ejemplares de eucaliptos. Después de abandonar la agreste pista por la que habían estado caminando, torcieron a la derecha y bajaron con cuidado por unas rocas volcánicas hasta llegar a una vieja acequia de piedra, de unos tres pies de

ancho. Un camino liso conducía a la playa. Entre unas rocas volcánicas divisaron «las vértebras grandes y algunas costillas de una ballena, bastante blanqueadas por el sol y el mar, bajo una roca en la orilla, donde el animal ha sido depositado recientemente por la marea». Había muchos tarajales creciendo por toda la costa que le daban un aspecto muy elegante al camino, comenta Olivia. Por fin se encuentran, «sobre una roca que penetra en el mar unida por un sencillo puente construido con algunos tablones», el castillo de San Felipe, que en 1599 Felipe II ordenó levantar a Alonso Pacheco, aunque no comenzó su construcción hasta 1625 y no finalizó hasta 1630<sup>14</sup>. Entonces estaba enjalbegado y guarnecido por dos soldados. A continuación llegaron al cementerio español. Todavía estaban frescos los acontecimientos del asesinato de William Morris, el oficinista de Peter S. Reid, al cual este le había confiado la custodia de la llave de la caja fuerte. Olivia Stone comenta que «desgraciadamente tuvo que haber sido bastante tonto y proclive a alardear y en lugar de llevar la llave con él con discreción, como haría cualquier otra persona, se jactaba de poseerla y mostraba cómo la llevaba sujeta a su leontina. En cualquier otro país no habría durado vivo ni una hora. Aquí, sin embargo, la gente es tan honesta y poco dada al crimen que el asesinato de una persona requeriría una larga consideración y una provocación muy fuerte. En realidad, los asesinatos son tan increíblemente escasos, que cuando ocurren no es algo que llame la atención de forma pasajera, sino duradera». Muy desagradables son las palabras de la victoriana cuando habla del castigo mayor que imponía la ley por medio del garrote vil como ocurrió con los asesinos de Morris. Según les comentaron era el más humano, excepción hecha de la decapitación. «Dos vueltas de la palanca y del tornillo que comprime el collar de hierro que rodea la garganta del criminal contra un poste vertical, situado detrás de él, producen el estrangulamiento instantáneo sin ninguna resistencia. Sin embargo, rara vez se contempla este horrible espectáculo público. Los isleños cometen muy pocos asesinatos y solo por asesinato o traición se aplica la pena de muerte».

Continuaron paseando a lo largo de toda la costa fascinados por las grandes masas de cardones, la planta que más les llamó la atención como solía ocurrirle a cualquier visitante extranjero, por tratarse de una vegetación no europea. Alcanzaron la roca de El Peñón, cúpula circular abovedada, con seis columnas lisas, erigida sobre una roca escarpada y solitaria, con unos escalones hasta la parte alta de la roca y con una cruz, construcción que considera horrorosa, y que además tiene «una inscripción en verso para inmortalizar al imbécil, aunque humanitario, proyectista de la obra»<sup>15</sup>:

Es todo lo que vemos excelente  
Al inventor resulta mucha gloria,  
Este peñón conserve eternamente  
De Luis [Carlos] Lavaggi la memoria.

Si Colón el ingenioso  
A España dio un nuevo mundo,  
A un genovés sin segundo  
Se debe este sitio hermoso.

A Taoro nuevo brillo  
Un buen extranjero dio  
Y do este punto afamado,  
Medio Teide descubrió.

De nuevo estaba un poco más cerca del casco urbano y –según ella– la vista de la ciudad desde allí era quizás la mejor que puede obtenerse de cerca. «El telón de fondo cercano lo forma de manera encantadora el acantilado de los terrenos del marqués de Candia en La Paz, con sus dos características palmeras».

<sup>(12)</sup> GALINDO BRITO, Antonio, *El asesinato de Mr. Morris*, Asociación de Vecinos La Peñita, Puerto de la Cruz, 2005.

<sup>(13)</sup> El nombre de la casa se debe al apellido Orea Luna, que había recaído en los Renshaw a raíz del matrimonio de Benjamín Renshaw Hutchinson (cónsul general de los EE UU y encargado de los negocios en la República de Venezuela) y Francisca de Paula Guillermina de Orea Luna Machado Vargas y Médicis, hija del comerciante portuense Gonzalo Orea, establecido en Cádiz. Federico, citado en el texto, fue el segundo hijo del matrimonio.

<sup>(14)</sup> Pasó al Ayuntamiento en 1891 para lazareto, restaurante y hoy se ha convertido en sala cultural según proyecto del arquitecto José Lorenzo García

<sup>(15)</sup> STONE, Olivia, 1887, p. 394

Al volver la vista hacia el interior, vio Olivia Stone el primer cementerio inglés de España, establecido en 1680 y amurallado en 1747. Aún estaba candente el conflicto entre el Ayuntamiento del Puerto de la Cruz y el consulado británico por la sepultura de un miembro de la masonería. En mayo de 1883 el clero portuense le negó sepultura eclesiástica a Andrés Hernández Barrios por pertenecer a la masonería. Este, además, era vicepresidente de la Diputación Provincial y del comité democrático republicano del Puerto de la Cruz, formación política presidida por Rosendo Mauriz de la Vega, y cuya presidencia honoraria residía en Víctor Pérez González. El alcalde accidental, Diego Arroyo y Soto, evita roces con el párroco, y atribuyéndose el derecho de propiedad sobre el cementerio protestante, mandó que se diera enterramiento a Andrés Hernández Barrios en dicho lugar el 19 de mayo de 1883. El vicecónsul Peter S. Reid negó su enterramiento porque era un masón, por lo tanto católico, y no un protestante. Provocó un gran escándalo en el lugar y mucho malestar entre la comunidad extranjera del Puerto de la Cruz. Expondré todo como lo comenta Olivia Stone porque lo considero muy interesante:

Los sacerdotes se negaron enérgicamente a enterrar el cadáver en el cementerio público. En vista de esto, el alcalde decidió, sin ninguna lógica, que el hombre fuese enterrado en el cementerio inglés. El Sr. Reid, vicecónsul inglés, naturalmente se opuso firmemente a esta injusta decisión hasta que el alcalde dijo que si el entierro tenía que llevarse a cabo en el cementerio público, habría que derribar la pared para que entrase el cadáver, ¡ya que el lugar sería profanado si entraba por la puerta! Por muy irracional que parezca, la pared del cementerio fue, en efecto, derribada y el desgraciado hombre estuvo a punto de ser enterrado, como un perro, en una esquina donde solía arrojarse la basura. La familia del finado vino a ver al Sr. Reid y le pidió encarecidamente que permitiese su entierro en el cementerio inglés, ya que preferían esta ubicación antes que el lugar y forma de sepultura que el alcalde y los sacerdotes proponían. Inmediatamente se aceptó amablemente esta petición, que no la injusta orden del alcalde. Como consecuencia de estos hechos, comenzó una terrible discusión en los periódicos de la isla y, entre muchos otros incidentes desagradables, un escritor comentó que era muy extraño que un inglés pudiera más en cosas españolas que un alcalde. Después del incidente las autoridades han ordenado que les sea entregada la llave del cementerio inglés y esto se ha hecho, aunque muchos piensan que ha sido un error y ha habido protestas públicas. El solar en cuestión se lo regaló primeramente el Gobierno español a los holandeses, pero durante más de cincuenta años –tiempo suficiente para establecer la propiedad– ha estado, de forma irrefutada, en manos de los ingleses, como han atestiguado el Sr. Charles Smith y otros viejos residentes que han vivido durante ese tiempo en la isla. Los holandeses, aparentemente, desaparecieron del Puerto de la Cruz, aunque se dice que aún hay un grupo de ellos o de sus descendientes en Taganana, un distrito del norte de Tenerife, y, desde que los ingleses han sido los propietarios, se ha levantado un muro alrededor, se han plantado árboles y el cementerio está bien cuidado, mientras que anteriormente era un terreno descampado y sin cuidar. Así está el asunto en la actualidad. Todo esto resulta interesante porque demuestra los sentimientos existentes en la isla. Hay muchos masones en el archipiélago, donde ciertamente son la sal de la tierra, ya que pertenecen a la masonería casi todos los españoles inteligentes, cultos y reflexivos. Solo por el progreso y la ilustración de las islas convendría que su número aumentase. Se nota cierta falta de fe entre ellos, aunque más en rela-

ción con algunas de las supersticiones de la Iglesia de Roma que una incredulidad general hacia todo lo que sea de naturaleza religiosa. El individuo en cuestión, sin embargo, no tenía ni ápice de escepticismo, por lo que había menos razón aún para negarle un entierro cristiano<sup>16</sup>.

<sup>(16)</sup> *Ibidem*. pp. 395-396.

Volvió a la ciudad por la Ranilla, cuya calle «era ancha, pavimentada con los desagradables guijarros, y las casas a cada lado son pequeñas y de una planta». Otro texto que me parece interesante es el que trata sobre las elevadas rocas volcánicas de las actuales calles del Peñón y San Felipe, anexas a la cruz del Calvario, originadas por las erupciones a lo largo de 1430 en el Valle de la Orotava, según la tradición oral de los guanches que sobrevivieron a la conquista. Transcribo íntegramente:

Tras recorrer unas cincuenta yardas, nos encontramos con un objeto curioso. Es un respiradero volcánico, de unos sesenta o setenta pies de alto, que se eleva repentinamente en medio de las casas, dominándolas. Está formado por lava negra y dura, y nos recuerda que esta tranquila y, en apariencia, soñolienta ciudad fue una vez un lugar de terrible destrucción, de horrible furia y de rocas fundidas. ¿Cuándo volverá este poderoso volcán a explotar, haciendo correr impetuosamente sus torrentes fundidos de flamígero líquido hacia el mar, por la ruta más corta?<sup>17</sup> Nadie puede decirlo. Por doquier existen señales del tremendo pasado y la historia puede repetirse en cualquier momento. Un poco más allá, bajando unas cincuenta yardas por una calle, hacia el sur, vemos otra de estas burbujas solidificadas; la parte que da hacia nosotros está hueca y parece una cueva. La primera tiene una gran cruz en la parte alta y delante de ella, dando hacia la calle, se ha construido un «calvario». Su aspecto desde el otro lado de la calle es llamativo. Toda la parte frontal está formada por tiras de madera, colocadas verticalmente en hileras, de tal modo que parece una enorme jaula de un zoológico. Contiene varias cruces y los ornamentos habituales, además de utilizarse como almacén para los farolillos de papel que se cuelgan en las noches de *fiesta*.

<sup>(17)</sup> Remito a la lectura del libro de RODRÍGUEZ MESA, Manuel, *Puerto de la Cruz. Precisiones sobre sus orígenes y evolución*. Fundación Telesforo Bravo, Santa Cruz de Tenerife, 2015.

Llegaron al hotel y al siguiente día, miércoles 24 de octubre, vino a visitarlos Louis Renshaw Orea con algunos periódicos ingleses. Lo agradecieron mucho y, mientras Olivia se quedó leyéndolos, John salió a pasear con Branckar sobre las once de la mañana. Tomaron la calle Quintana y mencionan la nueva fonda española recién establecida por Laura Cólogan Heredia en sus casas (actual hotel Marquesa) y la fonda alemana (seguramente se trataba de la establecida por el matrimonio suizo formado por Hermann y Susanna Honegger en la calle Zamora). Llegaron al barranco y subieron por un sendero que serpentea por la ladera del acantilado de Martiánez. John comenta que el sendero era un reborde estrecho en la pared del precipicio. La tierra sobre la que caminaron era roja y polvorienta, mientras que sobre sus cabezas se encontraba un río de lava de color pardo mate. Bajo una roca se encontraron dos cortos tubos de piedra que sobresalían un pie de la pared de la montaña y de los que manaba agua. «Es la famosa agua de Martiánez, y se dice que es la más pura y la mejor de toda la isla. Comprobamos que su temperatura era de 63° F (17,3° C) y la del aire, de 69° F (20,5° C)». Ya antes que ellos Charles Smith había observado la temperatura del manantial durante muchos años, y posteriormente, en 1886, el químico inglés Edward Frankland también la analizó. Después de beber un poco de agua y comprobar su frescor y su pureza continuaron el paseo hasta alcanzar la parte superior.

En esta zona vemos varias cabras alimentándose que constituyen una imagen de lo más pintoresca. Un cabrero está sentado en una roca que

sobresale por encima del precipicio, con su larga pértiga en una mano y la barbilla descansando sobre las rodillas, mientras mira con ensañación hacia el mar. Probablemente algún guanche mirase así muchas veces antes de la llegada de los crueles invasores. Lleva pantalones blancos cortos y camisa, con un fajín escarlata alrededor de la cintura y un sombrero de fieltro negro. Las cabras vagan a su alrededor y por la falda del risco, en puntos donde el mero hecho de verlas saltar de un sitio a otro te marea. Hay a nuestro alrededor cardones gigantes, con sus múltiples columnas rígidas apuntando hacia el cielo, y algunos pequeños grupos de flores... El paisaje es una maravilla.

Abandonaron apenados este paisaje y, en el lado oriental de este desfiladero, un poco más adelante, descubrieron una «pista de cabras» que siguieron en su enrevesada bajada hasta llegar a la boca del barranco de Martiánez. Regresaron al hotel sobre la 1:30 horas de la tarde.



Esa tarde los vino a buscar Louis Renshaw y los llevó a la casa de su padre, Sitio de Luna. Desde la parte alta del jardín de la casa se obtenía una buena panorámica de la ciudad, el muelle y el mar, y también de la bahía donde podría construirse el puerto. Detrás se divisaba parte del valle de La Orotava entre los dos conos volcánicos y al fondo el Teide. Entre las conversaciones que tuvieron esa tarde salió el tema de la baratura de la vida y la vivienda en la isla. Una casa amueblada en el Puerto de la Cruz, con siete habitaciones amplias, cocina y otras dependencias, y con una sala de 18 metros de largo, se alquilaba por 14 libras esterlinas<sup>18</sup> al año –anota Olivia Stone. Una vista magnífica desde la azotea, y en la terraza una fuente que siempre tiene agua. Los muebles, muy antiguos. Una vivienda amplia y sin amueblar para una familia, con un pequeño jardín, se puede conseguir fácilmente también en el Puerto por 8 o 10 libras esterlinas. Los inquilinos no tienen que pagar impuestos, excepto uno muy bajo, que depende del alquiler, por cada residente mayor de edad, llamado cédula de vecindad, y tampoco hay que pagar ningún impuesto sobre la renta<sup>19</sup>. Los sirvientes cobraban entre 8 y 12 chelines<sup>20</sup> al mes, y pueden despedirse sin necesidad de previo aviso. «La camarera de nuestro hotel, una muchacha atractiva –hija de un sacerdote– se despidió esta mañana porque el cocinero, como todos los cocineros, tiene muy mal temperamento, ¡y la había reprendido!. La carne cuesta cinco peniques<sup>21</sup> la libra<sup>22</sup> y las verduras son muy baratas. En este momento es un poco difícil conseguir leche de vaca y se consume, sobre todo, leche de cabra».

<sup>(18)</sup> La libra esterlina (£) equivalía aproximadamente a 25 pesetas.

<sup>(19)</sup> STONE, Olivia, 1887, p. 400.

<sup>(20)</sup> Un chelín equivalía a una peseta con 25 céntimos.

<sup>(21)</sup> El penique equivalía 10 céntimos.

<sup>(22)</sup> Equivalente a 453 gramos, alrededor de ½ kilo.

El jueves 25 de octubre amaneció lloviendo, pero Olivia se sentía bien pues la temperatura a las 8 de la mañana a la sombra era de 72° F (22,3° C). «El Pico [Teide], que es lo primero que uno busca por la mañana, y lo último, por la noche, y que se consulta todo el día y del cual se habla como se haría sobre el barómetro y el clima, podía divisarse, aunque había una ligera calima sobre las montañas inferiores». Por eso se tomaron un día de descanso y se quedaron en el hotel, «ya que había muchas cosas que escribir». El inglés Branckar era músico y solía ir al hotel a tocar el piano. «Es delicioso –continúa relatando– sentarse cerca de las ventanas abiertas, mirando las estrellas, que aquí brillan con tanta fuerza, y escuchar a los maestros interpretados con tanto sentimiento». Olivia Stone necesitaba sosiego y descanso para reflexionar sobre algunos de los temas sociales anotados durante su gira por el interior de Tenerife y las otras islas, como eran la emigración o la vida real de las mujeres. Aprovecha la atención que le llamaban los *novios* enamorando en la calle, apoyados contra las paredes de las casas, bajo las ventanas de las señoritas que admiran, para reflexionar sobre el retiro y control a que eran sometidas. «Estuve observando a un hombre con enorme interés. Nunca hablaba y rara vez miraba al postigo que estaba abierto un poco más arriba, señal de que allí había una señorita, ¡casi no se movía, excepto para cambiar su peso de un pie al otro! ¡Qué forma de cortejar tan aburrida, sobre todo porque es muy frecuente que dure años!». Esa extraña forma de noviazgo llamó la atención todos los viajeros por las islas<sup>23</sup>. Por su interés expongo el largo relato de Olivia Stone sobre la reclusión en que vivían las hijas de la clase media y alta y su choque con la forma de pensar europeo:

Cualquiera diría que son tan inmorales que han de ser cuidadosamente vigiladas. Sin embargo, no es ese el caso ya que son excesivamente virtuosas. Es lo que queda de una vieja y obsoleta costumbre que cada familia quisiera romper pero que teme ser la primera en hacerlo, por si la critican. Es absurdo afirmar que es saludable estar encerrada entre cuatro paredes de una casa y no salir nunca, excepto para ir a misa o para visitar a una vecina. Esto es lo que roba a las mujeres españolas esa belleza por la que son tan famosas cuando jóvenes; esto es lo que da a las mujeres mayores esa expresión de resignada tristeza que es tan penoso observar. Una vejez contenta es algo digno de ver. También se interfiere mucho y se restringe la comunicación entre los jóvenes de ambos sexos. ¿Cómo puede una mujer llegar a conocer a su futuro marido, si sólo lo ve en presencia de otras personas?. Los jóvenes no pueden hablar libremente de lo que les atañe íntimamente en presencia de sus mayores. Cuanto más libre sea la comunicación entre los sexos, más fácilmente encontrarán las mujeres su lugar correcto, tanto antes como después del matrimonio. Además, como me dijo un caballero, «El que las mujeres estén encerradas no prueba su virtud, se demuestra mejor luchando en el mundo, y no, estando encerradas entre cuatro paredes». Es bien conocido que esta reclusión de las mujeres, semejante a un enclaustramiento, no podría impedir que una muchacha se portase mal si quisiera hacerlo. ¡Es absurdo decir que una muchacha no se puede atrever a salir de su propia puerta sola! Se ha logrado una ligera mejora en este sentido y, de hecho, se ha visto a dos muchachas salir solas de paseo ¡sin que se hayan escapado con ninguno de los hombres con que se encontraron! No hace falta decir que un paseo, aunque solo esté poblado de incidentes triviales, ayuda más a conseguir una buena salud mental y corporal que el permanecer en el jardín o en la casa, donde el paisaje no cambia de una semana a otra. El chismorreo trivial tiende a surgir más entre las que no muestran interés por otra cosa que no sea su propia familia, y que no participan en el mundo exterior, cambiando sus ideas y des-

<sup>(23)</sup> Véase GONZÁLEZ LEMUS, N., *Viajeros victorianos en Canarias. Imagen de la sociedad isleña en la prosa de viajes*, Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria, 1998, pp. 107-112, 167-171.

echando sus trivialidades al enfrentarse con la visión de la vida –más amplia y más dura– que tiene el sexo fuerte. En general, aquellos países donde la libertad de comunicación entre solteros de ambos sexos es mayor son aquellos donde las mujeres resultan más virtuosas, tanto después del matrimonio como antes. Piensen en Inglaterra, por ejemplo, o, mejor aún, en Irlanda, cuyas mujeres son famosas, e incluso acusadas a veces, por la libertad de sus costumbres y de su forma de actuar y, no obstante, el pueblo irlandés, el verdadero pueblo celta, es uno de los más virtuosos de toda la tierra –por no decir el más–, un hecho demostrado por las estadísticas.

Los isleños más ilustrados apelaban a la razón a la hora de reclamar el fin de tal coacción sobre las mujeres, como sucedía en el extranjero aunque con limitaciones. Así lo reflejó Louis Renshaw de Orea en su novela corta *La esclavitud doméstica en Canarias*, publicada en Tenerife en 1886<sup>24</sup>, y cuyo mensaje recoge Olivia Stone en su publicación de 1887. El personaje central de la novela considera que, en reglas generales, la defensa de los derechos del sexo débil debería apoyarse en lo siguiente: primero, que se proceda a la supresión de la *dueña*<sup>25</sup>; segundo, que desde el alba hasta la puesta del sol se le debería permitir a las jóvenes salir a los lugares que a ellas les plazca dentro del pueblo, exceptuándose los tres días de carnaval; tercero, que, fuera del pueblo y en el campo, se le debe permitir a dos o más jóvenes que paseen sin tener que estar acompañadas [por la *duenna*] –por supuesto, desde el alba hasta la puesta del sol–; cuarto, que cuando reciban la visita de un joven, no deben estar obligadas a sentarse delante de la madre en el comedor todo el tiempo, sino que se permita a las jóvenes entretener al visitante; quinto, que en las horas de oscuridad una joven pueda salir con un amigo o pariente; y sexto, que las regulaciones absurdas e innecesarias durante tanto tiempo en boga dejen de aplicarse<sup>26</sup>.

El viernes 26 de octubre Olivia no se sentía bien como para dar un largo paseo y se volvió a quedar en el hotel mientras que su marido, John, acompañado por Louis Renshaw y Lorenzo, fue a Icod Alto, desde donde se obtiene una de las mejores vistas del valle de La Orotava. Lorenzo iba a pie y llevaba la cámara fotográfica de 5 x 4 de John. Partieron sobre las seis y media de la mañana. John le proporcionaría a Olivia la narración completa de la excursión.

Al regreso por la tarde de la excursión, el caballo de Louis Renshaw perdió una herradura y, como no había ninguna herrería en esta zona, Lorenzo Morisco se brindó a arreglar el casco de modo que el animal pudiera llevar a su jinete hasta casa. «Su técnica era nueva para mí. Hizo que calentaran bien una plancha en un brasero y luego, untando el casco con sebo espeso, acercó la plancha hasta él para que la grasa se derritiera y penetrara en el casco. Nos informó que esta operación hace que el casco se vuelva duro y compacto. De hecho, el Sr. Renshaw cabalgó a lomos del animal hasta casa –y la cabalgada fue dura en aquella carretera– sin que cojeara o sufiera ninguna incomodidad» –comentó John Stone.

Al anoecer llegaron al hotel el doctor Hjalmar Öhrvall y su esposa, procedentes de Upsala, Suecia, para permanecer seis meses en el Puerto de la Cruz. Mucho más tarde, tras haber regresado los Stone a Inglaterra, el doctor Öhrvall les envió desde Suecia las observaciones que llevó a cabo durante su estancia en el lugar<sup>27</sup> con una carta: «Estoy recuperado totalmente. La estancia en Tenerife me ha curado totalmente la dolencia pulmonar y estoy convencido de que el clima de estas islas adorables es muy recomendable para los enfermos». La mayoría de los extranjeros residentes en el Puerto de la Cruz eran suizos. Había como unos veintiséis helvéticos. Destacó Olivia la ventaja de la fonda Turnbull por admitir a cualquier extranjero *invalid* en su casa de huéspedes, algo que no sucedía en las fondas españolas, donde los ingleses enfermos no eran aceptados.

<sup>(24)</sup> RENSHAW OREA, L., *La esclavitud doméstica en Canarias*, Imprenta Isleña. Santa Cruz de Tenerife, 1886, p. 37.

<sup>(25)</sup> El término italiano *duenna* era utilizado para referirse a la mujer mayor que actuaba como gobernanta o compañía de una o más chicas en la familia. Podía ser la sirvienta que acompañaba a las jóvenes isleñas cuando salían de paseo.

<sup>(26)</sup> GONZÁLEZ LEMUS, N., 1998, p. 112.

<sup>(27)</sup> Sobre los registros de Hjalmar Öhrvall y su estancia en el Puerto de la Cruz, véase GONZÁLEZ LEMUS, N., *Génesis del turismo y presencia británica en Canarias. Tenerife (1850-1900)*, Tesis doctoral, Universidad de La Laguna, 1996, pp. 112-113.

El sábado 27 de octubre, después del desayuno, Olivia y John fueron a pasear por la ciudad y sus alrededores. Se dirigieron a la plaza del Charco, que entonces contenía abundantes plátanos, eucaliptos, tamariscos, palmeras, naranjos, acacias y enebros. Ya estaba la pila en el centro. Continuaron hacia el muelle, donde un grupo de «muchachos, la mayor parte de ellos completamente desnudos, se divertían tirándose de cabeza». Entonces el olor a pescado salado era muy intenso. No obstante, resultaba soportable porque desde el muelle la vista era espectacular:

El Puerto parece bastante armónico, las casas a una misma altura de tejados rojos y paredes blancas. Al fondo el acantilado y sobre él La Paz con sus dos palmeras coronándola en lo alto. Un poco más cerca de nosotros, pero aún formando parte del fondo, se encuentra la casa del Sr. Charles Smith, larga y espaciosa, con sus bonitas ventanas verdes y sus paredes amarillas. A lo lejos, a nuestra derecha, según se mira hacia el Puerto, y sobresaliendo ligeramente en la línea baja de las colinas, inmediatamente detrás, está la Villa y encima los montes de Aguamansa y las montañas. Al continuar mirando hacia la derecha, hacia el oeste, observamos lo que podríamos llamar el centro del valle, que se extiende entre los dos conos de cenizas, destacándose algunas casas bastante grandes y con muchos árboles. Solo en un lugar hay una cierta desolación. Una curiosa línea gris baja en zigzag por el lado izquierdo –el lecho del gran torrente de agua. Aún más a la derecha, pasado el segundo cono, hay un valle más pendiente, con cultivos y bosques, y con numerosas fincas grandes. Detrás de todo esto, las montañas forman una cadena circular, rodeando el valle por todos lados de mar a mar, mientras que, por encima de todo, el siniestro y sobrecogedor Teide vigila permanentemente.

Cuando se encontraban en el muelle estaba entrando a la rada el correo de La Palma, que avanzaba con dificultad por el fuerte oleaje pero casi sin viento. Aún estaban las dos torres cuadradas de la batería de Santa Bárbara construidas como defensa con dos soldados en cada una.



Casa Antonia Dehesa Sanz.

Por la tarde salieron a pasear de nuevo. Tomando la calle Venus suben por Zamora y cogen Cupido para ir a la casa de Antonia Dehesa Sanz, ya que les había llamado la atención cuando la vieron por primera vez. La residencia estaba situada en los Llanos de Martiánez, y era una casa tipo colonial inglés de dos plantas, mandada a construir por su esposo, Francisco García Gutiérrez, fallecido en La Habana en 1868. Cuando Olivia y John fueron a visitarla la casa estaba en venta; sin embargo, el precio de compra era muy elevado, 18 789 escudos, alrededor



de unas 46 973 pesetas. Sin lugar a dudas, era la casa más lujosa del Puerto de la Cruz, con pisos de mármol, un enorme patio con una fuente también de mármol en el centro, un salón, de cuyo techo pendía una lámpara que hacía excelente juego con el entorno, y que conducía al jardín, a un nivel ligeramente más bajo. Había naranjos, limoneros, plataneras, granados, pampas, enebro, entre otras plantas. Todo estaba en unas condiciones impecables, en perfecto orden. A Olivia Stone le encantó. Cuando se formó la Compañía de Hoteles y Sanatorium del Valle de La Orotava para empezar la actividad hotelera en el Puerto de la Cruz, su primera Junta de Administración, celebrada el 11 de abril de 1886, decidió arrendar la casa de Antonia Dehesa Sanz para establecer el Orotava Grand Hotel (conocido a la largo de la historia como hotel Martiánez, y derribado en 1973).

Abandonaron la casa de Antonia Dehesa Sanz para coger la pendiente cuesta (hoy calle Sitio Litre) que llevaba a la residencia de la familia Smith, pero con tal mala suerte que ni él ni su esposa estaban, ya que habían ido a su otra residencia, situada en la calle San Francisco de La Laguna. (En la estación del estío, La Laguna era el lugar de reunión de los residentes de Santa Cruz y del Puerto de la Cruz porque tiene un clima más fresco que estas ciudades). Olivia Stone describe el jardín de la casa:

El jardín del Sitio del Pardo está dispuesto en bancales y bien plantado con árboles de todo tipo. Lo que más atrajo nuestros ojos ingleses fue, sin embargo, un tramo de césped verde que, aunque pequeño, era tan llano y verde como el césped inglés. Hay muchas plataneras, naranjos, guayabos y papayos (la fruta es como un melón), protegidos, como de costumbre, por un drago, del que sacamos una fotografía. Los rosales y geranios crecen salvajes y hay gran abundancia de culantrillos y de libélulas rojas que vuelan por doquier. Por fuera del primer jardín hay un espacio más abierto, en bancales, con un sendero que sube por el centro, pendiente arriba, hasta una casa de verano, desde donde se obtiene una magnífica panorámica de la Villa, del Puerto y del Pico. Desde la primera terraza tenemos una buena vista de la casa. Está pintada de amarillo pálido, con verde en el pórtico, balcón y azotea. Delante se alza un drago sobre un primer plano de belesa y buganvilla, y el verde de los laureles y los naranjos rellena el espacio circundante. Los senderos discurren por un caos de lava y piedras; un gran estanque redondo es la causa de la exuberancia general. Hay un espinero frondoso. Tres dragos jóvenes crecen sin necesidad de cuidado alguno.

En el regreso tomaron de nuevo el camino Sitio Litre y se dirigieron a la plaza de la Iglesia. La iglesia de Nuestra Señora de la Peña de Francia estaba siendo restaurada y colocaban en el suelo baldosas en forma diagonal. Como la mayoría de los viajeros ingleses, considera la iglesia de poco interés: «Las iglesias de estas islas se repiten, con pocas excepciones, son una monotonía que llega a cansar»<sup>28</sup>. Olivia se fijó en la vestimenta de las mujeres, «casi siempre vestidas de negro, con mantillas y sin guantes, pero con abanicos», que caminaban por la sombra en la calle Quintana. Le gustaba la mantilla, le parecía muy pintoresca y le iba bien a la mujer española; sin embargo había otras mujeres que «tienen ideas modernas y visten según la moda europea». Prestó atención mientras recorría las calles a la existencia de máquinas de coser en las casas terreras por la abundancia de costureras en el lugar. Buscó la única dulcería que había, «Francisco, el dulcero», muy popular en el Puerto de la Cruz, toda una institución, que hacía también helado, para lo cual los campesinos traían el hielo de la Cueva del Hielo del Teide a medio dólar el caballo cargado.

El domingo 28 de octubre amaneció totalmente despejado, con un sol espléndido. Después de asistir a misa en el viceconsulado y de almorzar fueron a La Paz para

<sup>(28)</sup> STONE, Olivia, 1887, p. 429.

despedirse de los marqueses de la Candia, Tomás Fidel Cologan y Laura Cologan Heredia, ya que pretendían partir del Puerto de la Cruz al siguiente día. En ese momento el marqués estaba intentando cultivar caña de azúcar en La Paz. El marqués les acompañó hasta el extremo de La Paz en su regreso al hotel, pero les resultó difícil luego encontrar el lugar exacto por donde descender. Por fin bajaron con dificultad por el camino de cabras hasta llegar a Martiánez. Quedaron fascinados con la ladera y la sensación fue la de sentirse transportados a la Calzada del Gigante (un área que contiene unas 40 000 columnas de basalto provenientes del enfriamiento rápido de la lava en un cráter o caldera volcánica, que ocurrió hace unos 60 millones de años en la costa nororiental de Irlanda) al ver cómo se extendía a sus pies una calzada similar, aunque sin alcanzar la perfección de la Finn Macoul en la isla de Staffa, Escocia. «Por desgracia, solo descubrimos esta formación basáltica al final de nuestra estancia en el Puerto de la Cruz, por lo que no nos fue posible bajar a inspeccionarla debido a la escasez de tiempo».

Después de unos ocho días de vida portuense, llegó la hora de despedirse del Puerto de la Cruz. El lunes 29 de octubre se dedicaron a preparar el equipaje. Pensaban quedarse en La Laguna un par de días, previa parada en Tacoronte para visitar el museo Casilda, por lo que enviaron el equipaje más pesado en una carreta a Santa Cruz. La señora Branckar, muy amablemente, les facilitó una carta de recomendación para el dueño de entonces del museo, el señor Le Brun. Partieron en la primera diligencia de tres caballos con la intención de coger el carruaje de la Empresa de Ómnibus de Tenerife en el Ramal de la Villa con dirección a Tacoronte para luego seguir a La Laguna. El coche salía del Puerto de la Cruz alrededor de las seis de la mañana. Tras tomar un café, John Turnbull los acompañó calle Blanco arriba hasta la carretera, donde se hallaba el carruaje porque no podía subir por la calle pavimentada. Si deplorables eran las condiciones del carro, descritas muy bien por Olivia Stone, lamentables eran las penosas condiciones de los animales, aspecto que destacaban la mayoría de los viajeros por el maltrato al que aquellos eran sometidos.

Subiendo por la cuesta, los pobres caballos, mal alimentados y mal tratados, casi no podían tirar de los veintidós pasajeros y de su equipaje, y tuvieron que ser obligados más allá de sus posibilidades por un hombre que corría junto a ellos y que, además del conductor desde el pescante, también los azotaba de forma muy brutal. Escogía deliberadamente las zonas en las que los animales tenían más llagas, sobre todo, la mula, y les pegaba en ellas hasta que volvieron a abrirse. Daba asco verlo.

[...]

Nos detuvimos en la fonda de La Matanza, donde desayunaron algunos de los pasajeros, ya que eran ahora las 8:40 de la mañana. También cambiamos de caballos y, cuando libraron a los pobres animales de los arneses, estos se alejaron tambaleándose literalmente; dos de ellos ni siquiera intentaron entrar en el patio, mientras que la mula se echó, o más bien se dejó caer sobre un costado e intentó, por la fuerza de la costumbre, revolcarse, lo que hizo que el pobre animal terminara quejándose<sup>29</sup>.

En un artículo de Olivia Stone y su esposo John en el *Pall Mall Gazette* del 10 y 14 de octubre de 1884, bajo el título «A trip to the Canary», comentan que la familia Cologan había abierto un hotel todavía estando ellos de visita en el Puerto de la Cruz entre 1883 y 1884. Se trataba de uno de los hoteles con mayor encanto de todo Tenerife, todo un establecimiento de primera clase. Fue la primera intervención con éxito de la familia en el turismo<sup>30</sup>. Hablan también de los guanches y de la idoneidad de la casa de Antonia Dehesa Sanz para establecer una fonda en ella.

<sup>(29)</sup> STONE, Olivia, 1887, pp. 438-439.

<sup>(30)</sup> GONZÁLEZ LEMUS, N., *Génesis del turismo y presencia británica en Canarias. Tenerife (1850-1900)*, Tesis doctoral, Universidad de La Laguna, 1996, p. 335.

## BIBLIOGRAFÍA

ÁLVAREZ RIXO, José Agustín, *Anales del Puerto de la Cruz (1701-1872)*, Santa Cruz de Tenerife, 1994.

BARROSO HERNÁNDEZ, Nicolás, *Puerto de la Cruz, la formación de una ciudad*, Excmo. Ayuntamiento del Puerto de la Cruz, 1997.

GALINDO BRITO, Antonio, *El asesinato de Mr. Morris*, Asociación de Vecinos La Peñita, Puerto de la Cruz, 2005.

GARCÍA PÉREZ, José Luis, *Viajeros ingleses en las Islas Canarias durante el siglo XIX*, Caja de Ahorros de Canarias, 1988.

GONZÁLEZ LEMUS, N., *Génesis del turismo y presencia británica en Canarias. Tenerife (1850-1900)*, Tesis doctoral, Universidad de La Laguna (inédita), 1996.

GONZÁLEZ LEMUS, N., *Viajeros victorianos en Canarias. Imagen de la sociedad isleña en la prosa de viajes*, Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria, 1998.

ROBINSON, Jane, *Wayward Women*, Oxford University Press, Oxford, 1990.

RENSHAW OREA, L., *La esclavitud doméstica en Canarias*, Imprenta Isleña, Santa Cruz de Tenerife, 1886.

RUÍZ ÁLVAREZ, Antonio, *Castillos del Puerto de la Cruz*, Museo Canario, Las Palmas de Gran Canaria, 1991.

STONE, Olivia, *Tenerife and its Six Satellites, or the Canary Islands past and present*, Marcus Ward. London, 1887. Existe edición española traducida por Juan S. Amador Bedford y publicada por el Cabildo Insular de Gran Canaria en 1995.